



Pedro Garcia



Año VIII VILLENA 19 Septiembre 1908

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0'30 pesetas
Fuera 0'45 .
Número suelto 0'05 *

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal número 12

La Causalidad

1

—La Causalidad (según el Diccionario), es «la relación de la causa con el efecto, es la Ley primitiva del entendimiento, por la cual éste concibe, necesaria y no empíricamente, la antedicha relación.— Causa, origen, principio».

Yo, siempre que leo el relato de algo extraño linario, en seguida digo: Esto no es un acontecimiento casual; esto no es un capricho de la voluble fortuna; esto obedece á una *Causa* y *causa* poderosa, es la Causalidad llenando su cometido, ejerciendo sus funciones unas veces dolorosas y otras veces risueñas y halagadoras; y esto pensé al leer el suelto que copio á continuación:

Párroco desesperado

«Ferrol.—El cura párroco de un pueblecito próximo, D. Francisco Vizoro, quiso matar con un revólver á un perro que le daba muchos disgustos.

Disparósele el arma antes de lo que él esperaba y la bala fué á dar en el pecho á su anciano padre.

Acudieron presurosos los vecinos, prestando auxilio al herido.

Se personó el Juzgado en el domicilio del párroco, declarando el moribundo que se le había disparado casualmente el revólver cuando se hallaba examinándolo.

El sacerdote se halla muy apenado, tanto, que intentó suicidarse».

Mucho me impresionó el relato del suceso anterior; tanto, que decidí preguntar al cura de mis trabajos la causa de tan doloroso efecto, y obtuve la siguiente comunicación:

II

«Tienes razón al decir que hay sucesos tan terribles, que hay acontecimientos tan espantosos, que hay dramas tan trágicos, que tienen por origen un mundo de sombras, un sinnúmero de hechos punibles, y lo ocurrido entre ese «ministro de Dios» y su padre es el resultado de un crimen que ambos cometieron en su existencia anterior, en la cual los dos pertenecieron al sexo fuerte, como ahora. El que hoy era el padre del cura se llamaba entonces Andrés; y su hijo de hoy Tadeo. Eran dos íntimos amigos; nacieron en la misma aldea, crecieron juntos y juntos labraron sus heredades, viviendo desahogadamente. La vida de ambos campesinos se deslizaba tranquila hasta el momento que Andrés se enamoró ciegamente de una hermosa aldeana, cuyo padre, labrador acomodado, quería para su única hija un hombre rico; así es, que cuando Andrés le pidió la mano de su hija, le despidió de su presencia muy rudamente, diciéndole que su atrevimiento y su osadía sólo merecían el desprecio ó la compasión por su locura, porque sólo un loco podía pensar, que él diera su hija á un gañan que si no ganaba el jornal de cada día, tendría que mendigar cuando la nieve cubriera los campos».

«Andrés se quedó aterrado con la ruda negativa del padre de su amada y Tadeo, al verlo tan decaído y tan amedrentado, le dijo: — Hombre, no te apures; mientras hay vida hay esperanza. Ella te quiere de veras. Ella sí; contestó Andrés sollozando. — Pues mira, á grandes males, grandes determinaciones. El vá á la ciudad los días de mercado, y vuelve por la noche tarde y solo, ni su perro le acompaña. Cruza un bosque solitario; le esperas, y en la oscuridad, le descerrajas dos tiros y asunto terminado. Como tu tienes fama de honrado, de trabajador y nunca has sido camorrista, no sospecharán de tí; mucho más que debes dejar pasar algunos meses, haciendo creer á todos que todo ha concluido entre ella y tu. — Andrés titubeó primero en seguir el consejo de su amigo, pero ¡la quería tanto! se había hecho tantas ilusiones; y como ella le decía, que si no se casaba con él, no se casaría con nadie, al fin, 6 meses después de haber recibido la negativa del padre de su amada, éste murió en el bosque asesinado, por el que debía haber sido su hijo, y como Andrés era tan querido de sus paisanos, y jamás había cometido el menor desacierto, nadie pensó que él fuese el matador del acaudalado labriego. Se pensó en todos menos en él; se creyó que había sido víctima de odios de partido porque era defensor decidido de la Iglesia y de su Santo Tribunal,

y en la aldea había un núcleo de librepensadores que le apostrofaban de continuo; pero si nadie pensó que fuese Andrés el asesino, la hija del muerto estaba plenamente convencida de quien era el matador de su padre; y lo estaba, porque el espíritu de su padre estaba enlazado á ella de tal modo, que de día, de noche, á todas horas lo sentía en torno de ella, le parecía que escuchaba su postrer lamento y que sentía las detonaciones que debieron dejar en la cabeza de su padre el plomo mortífero. Creía firmamente que Andrés había cometido el crimen de matar á su padre, pero tuvo lástima de su locura; comprendió por qué se había convertido en asesino un infeliz que tenía fama de bueno, de honrado, que lo citaban como modelo de buenos hijos. Se calló, ocultó sus sospechas y sólo á Andrés le dijo, en un momento que pudieron verse á solas: 'Te he querido tanto, que no puedo aborrecerte; no seré yo la que te haga morir en el cadalso, pero no puedo unirme al asesino de mi padre; me consagraré á Dios porque todo ha muerto para mí. Andrés trató de sincerarse, pero todo fué inútil; su amada entro en un convento y allí fué un modelo de humildad y de amor para sus compañeras de clausura.'

«Andrés y Tadeo, horrorizados de su obra, dejaron la aldea, aprovechando un movimiento revolucionario, y con el manejo de las armas y las luchas continuas entre distintos bandos, los dos murieron defendiendo á su patria».

«Volvieron á la tierra enlazados con el lazo más íntimo, decididos á pagar la deuda contraída ayer; por eso el cura que ayer mató á traición al padre de su amada, hoy ha muerto con el mismo género de muerte á manos del que ayer le aconsejó que cometiera tan horrendo crimen; el matador de ayer ha pagado su deuda y el hombre que le aconsejó que fuera un criminal, hoy sufre la angustia más horrible, angustia merecida porque responde á su crimen de ayer; que si Andrés fué asesino, su amigo le entregó el arma homicida y le dijo: Hiere.

«Como ves, lo acontecido entre el cura y su padre tiene su prólogo, y el epílogo ha correspondido al principio de la historia. Historia que se escribe con sangre, sus últimas páginas se escriben con lágrimas. Cada árbol da un fruto y el crimen, aunque se le quiera poetizar con la locura del amor, con la desesperación de la pasión más violenta, siempre el asesino es asesino, y tenéis un adagio que dice: Quién á hierro matar, á hierro muere. Siempre que veáis que un hombre cae herido, para no levantarse jamás (como se cree generalmente que los muertos no resucitan), decid con tristeza; ¡Ha subido al cadalso un criminal de ayer! Adiós.

III

Gracias mil y mil doy al buen espíritu que se ha dignado con»

testar á mi pregunta porque me proporciona una ocasión más para decir á mis lectores: Es mentira lo que dicen los josititas, que el fin justifica los medios. Los medios criminales no justifican otra cosa que la perversidad de los delincuentes; que aquél que derrama la sangre de sus hermanos, es un miserable que goza y se embriaga con ese licor rojo tan necesario á los terrenales.

Compasión para los ciegos de entendimiento; piedad para los espíritus que viven en la degradación, porque ¡Ay! ¡es tan malo ser malo! Gracias que el estudio del espiritismo nos dice, con sus admirables enseñanzas: ¡Qué bueno es ser bueno! Ser bueno es engrandecerse, es regenerarse, es elevarse desde los mundos de la sombra á las regiones de la luz. ¡Qué bueno es ser bueno!

Amalia Domingo Soler

OBRAS SON AMORES...

Esto dice el adagio, y es preciso repetir al contemplar la conducta de ciertos mal llamados espiritistas, que no se han saturado de nuestra magnífica doctrina, porque sin duda conservan las reminiscencias de las religiones positivas con la costumbre de predicar una cosa y practicar otra, esto es, que no procuran conformar los actos con las enseñanzas eminentemente morales de la doctrina.

Lamentando ese mal, se expresa así un querido colega:

«Triste es confesarlo, entre los espiritistas hay quienes no se han penetrado de la misión que aceptaron al entrar en nuestras filas, y no se dan cuenta de que no basta creer en los espíritus para cumplir con sus deberes de adeptos.—Cruel será para ellos su despertar en el espacio.»

Terrible será, sin duda, el despertar de aquellos que habiendo conocido la verdad, no practicaron sus enseñanzas; de aquellos que saben que á mayor grado de desarrollo, corresponde más responsabilidad, y que el espíritu ha de dar cuenta no sólo del mal que hizo, sino del bien que dejó de hacer.

Quien no tiene esto siempre presente; quien no procura ser hoy mejor que ayer, y mañana mejor que hoy, no tiene derecho á ostentar el título de *espiritista*, sólo se podrá llamar *espiritero*.

Ya lo dijo Allan Kardec: «Se reconoce el verdadero espiritista por su transformación moral y por los esfuerzos que hace para dominar sus malas inclinaciones:» lo confirmó el Congreso de Barcelona aconsejando «la constante realización de la doctrina por la práctica de las más severas virtudes públicas y privadas;» y lo ha ratificado el Congreso de París al formular la siguiente conclusión: «Es preciso que todo espiritista muestre por la práctica de las

virtudes públicas y privadas, la virtualidad y la trascendencia de la doctrina.»

Y como si esto no fuese bastante, todas, absolutamente todas las comunicaciones de los buenos Espíritus, nuestros protectores, encarecen en primer término el amor y la práctica del bien.

Aceptar, pues, con sinceridad el Espiritismo, equivale á obligarse al propio mejoramiento moral, y á procurar el bien de los demás.

De nada sirve la predicación, sin la obra viva.

Ponderar una doctrina, recomendarla y no practicarla, es de efecto contraproducente.

Valiera más que abandonaran el nombre de espiritistas y se retirasen del apostolado, quienes no prediquen ante todo y sobre todo con el ejemplo, con la práctica de la Doctrina.

Porque lejos de favorecerla, perjudicanla grandemente.

¿Cómo hemos de probar que el Espiritismo es la regeneración, si no comenzamos por regenerarnos al calor y con la práctica de sus sublimes enseñanzas?

Por eso decimos, parodiando el adagio que sirve de epígrafe á estas líneas:

Obras, buenas obras, son Espiritismo.

T. S.

EL ALMA

La existencia del alma es también dogma común á todas las religiones. Así, este tema no constituye, en rigor, objeto de controversia religiosa, ya que todas las religiones descansan en dicha afirmación.

Lo que hay es que, como la metafísica escolástica, sólo se ha alimentado de sutiles ideologismos é hipótesis inverosímiles, amén de no haber esclarecido en lo más mínimo, con tantos siglos de discusión, lo referente al origen y naturaleza de los seres espirituales; los sabios, los naturalistas de todos los tiempos se han burlado, ó cuando menos, han desechado las especulaciones fantásticas de los metafísicos, negando en redondo el orden psíquico. Hasta la fecha entre la física y la metafísica ha habido incompatibilidad absoluta.

Esto explica el formidable avance del materialismo durante el pasado siglo, avance muy lógico dado el gran desarrollo que en dicha época alcanzaron las ciencias naturales.

También en este punto lleva el espiritualismo moderno grandísima ventaja á la psicología tradicional, por cuanto ha constituido una psicología basada en la Ciencia, en la razón, en la observación y

en la experiencia.

Esta nueva filosofía esclarece de tal modo lo referente al orden espiritual, que muchísimos materialistas la aceptan con fruición, al ver que para demostrar la existencia del alma, así como su génesis, su proceso evolutivo y su finalidad, solamente usa procedimientos racionales, basados en las ciencias experimentales y en la observación.

El Cristianismo en sus tres ramas Romana, Protestante y Cismática, lo mismo que el Judaísmo, sólo nos hablan de la creación de un alma: la de Adán, á quien la infundió Dios por medio de un soplo, soplo que no lo propinó á Eva. En esto se fundarían, quizá, los antiguos teólogos al afirmar que la mujer no tenía alma.

«Tomó, pues, el Señor Dios al hombre del lodo de la tierra, é inspiróle en el rostro un soplo ó espíritu de vida y quedó hecho el hombre viviente con alma racional» (1). Ahora bien; como no se sabe que Dios haya vuelto á soplar desde entonces, resulta que ignoramos por completo de dónde han salido las almas racionales de los demás hombres.

Tampoco los metafísicos de esas religiones han podido ponerse de acuerdo sobre el gran problema del alma de los animales. Así vemos que muchos filósofos la niegan rotundamente como único medio de resolver la dificultad.

Mas, la cuestión no queda resuelta con una simple negación; antes al contrario, resulta aún mayor, si cabe, pues los materialistas dicen muy bien: Si los animales no tienen alma, fuerza es convenir, en que la materia es capaz de sentir, pensar y querer, ya que es innegable que los animales sienten, piensan y quieren, por mas que su sentir, su pensar y su querer no traspase el círculo del instinto de conservación del individuo y de la especie.

Luego, si el organismo de los animales es capaz de desarrollar estas funciones llamadas de orden espiritual, lógico es afirmar que el organismo humano realiza estas funciones en grado más perfecto, cual corresponde á su más perfecta organización. De modo que, ó hay que conceder alma á los animales ó negarla al hombre. Tales filósofos, con su negación, han venido á robustecer la filosofía materialista.

En cambio, otros escritores, Balmes entre ellos, afirman que los brutos tienen alma, si bien dicen que su naturaleza es diferente de la del hombre.

El gran filósofo catalán, comprimido por el dogma y confuso sobre la finalidad de esos seres simples é inmateriales, vése obligado á admitir un tercer orden en la naturaleza que no es material ni espiritual, cuyo orden lo constituyen los innumerables seres que animan las individualidades del mundo orgánico.

(1) Génesis, cap. II, v. 7.

Así y todo, apuradísimo se ve dicho autor al tratar de la muerte de esas almas después de la muerte del animal. «Cuál será entonces, dice, el destino de esas almas en desorganizándose la organización que ellas vivifican? Se reducirán á la nada, ya que no pueden descomponerse por no constar de partes? Continuarán existiendo, esperando que les toque el turno de presidir á una nueva organización?» (1).

Después de proponer con singular valentía tan trascendentales cuestiones, confiesa Balmes su ignorancia sobre estos puntos, con humildad de sabio que le honra, inclinándose, empero, á creer que esas unidades sustanciales no se aniquilan y que *«absorbidas de nuevo en los tesoros de la naturaleza se consertan en ellos, no como un ser inútil, sino ejerciendo su actividad en diferentes sentidos, según las condiciones á que se halle sujeta»* (2).

Qué talento el de ese hombre! A no estar cohibido por el dogma hubiese llegado muy adelante en el conocimiento de la verdad. Acaso el párrafo transcrito viene á ser otra cosa más que la moderna teoría de la evolución espiritual, si bien que de un modo algo confuso?

La moderna psicología resuelve todas esas graves cuestiones con un grado tal de certeza, que no la tenemos mayor sobre todas las demás cuestiones científicas. Nada de fe: todo racional, científico y experimental. El espiritualismo, racional y científico por excelencia, al observar los hechos de la naturaleza, adopta la teoría que los explica mejor.

Al aceptar la evolución del orden material, formando una cadena continua, que empezando en el reino inorgánico termina en el hombre, pasando antes por los reinos vegetal y animal, acepta igualmente la evolución progresiva y á la par, del orden espiritual.

De la misma manera que la *célula protoplásmica* ha dado origen, en virtud de la ley de evolución, á todos los seres vivos, la *mónada primitiva* ha sido la fuente, de todos los seres sensibles, inteligentes y volitivos. De lo simple á lo complejo; de lo imperfecto á lo perfecto. Esta es la ley. A un Darwin en lo material corresponde un Leibnitz en lo espiritual.

De este modo quedan solventadas las gravísimas cuestiones que tanto preocupaban á Balmes, ante las cuales confiesa su impotencia con hermosa ingenuidad.

La substancia espiritual, que unida al átomo es energía, pasa á ser vida en el protoplasma, luego tendencia en el vegetal, sensación en el animal inferior, instinto inteligente en el vertebrado, inteligencia instintiva en el salvaje y llama amorosa en el hombre sup-

(1) Filosofía fundamental, tomo II, pág. 19.

(2) Filosofía, tomo pág. II, 23.

rior. Este es el concepto del Universo según la filosofía espiritua-
lista moderna.

Así tiene explicación racional y sencilla, cual debe ser toda teoría verdaderamente expresiva de la realidad, la diversidad de manifestaciones sensibles, intelectuales y volitivas que se observan en la especie humana. Desde el salvaje al amoroso místico, desde la idiota al genio, hay una escala de gradación asombrosa, que no han podido explicar los metafísicos de ninguna escuela. Para la moderna filosofía, dichas variaciones no son otra cosa más que manifestaciones de los estados *actuales* en el sentir y en el entender de cada *yo* individual. Son grados diversos de progreso evolutivo realizados *en el tiempo* por la substancia espiritual individualizada. De modo que no habiendo dos almas en igual estado de progreso, no es posible hallar dos hombres que sientan, piensen y quieran exactamente igual. Estas desigualdades irritantes é inexplicables hasta ahora, resultan con la nueva teoría, no sólo explicadas, sino precisas, lógicas, necesarias. No constituyen una nota inarmónica, que clama contra el amor y la justicia de Dios; antes al contrario, resultan un conjunto armónico y majestuoso, ya que cada cual es lo que se ha hecho y se manifiesta según como es.

Y el que es menos será más, y el que es más subirá peldaños y peldaños en conquista de mayor perfección, pues la escala entre la criatura y el Creador es interminable.

Ante la grandiosa teoría colectiva de la substancia espiritual, individualizándose y evolucionando junto y á la par de la substancia material constituyendo ambas el conjunto de los seres del Universo, la de las religiones resulta mezquina y absurda.

Si Dios crea las almas para cada cuerpo, por qué razón de justicia unas tienen gran inteligencia y otras no pueden aprender nada? Por que unos son mansos y otros iracundos, pacíficos ó acometedores, altrufistas ó avaros?

Si el bueno es bueno por haberle dado un alma buena, qué culpa tiene el malo si el Creador le dió un alma mala? Puede, acaso, crear Dios algo malo? y, dónde está la justicia de Dios? Tiene preferencia por alguna de sus criaturas? Ama á unas más que á otras? A estas verdaderas blasfemias conduce la teoría católica sobre el origen de las almas.

Eso es monstruoso; ese Dios podrá ser el de las religiones positivas, mas no es el Dios verdadero, la causa de cuanto existe, no es el poder, el amor y la inteligencia infinita; en una palabra, no es Dios.

Teofilo